

La imitación

Siempre se ha considerado la imitación como un defecto y en no pocas oportunidades alcanza el grado de delito. La historia literaria está ahita de acusaciones de plagio y quienes han sido considerados culpables de él, han terminado sepultados por el desprecio de sus contemporáneos. Alfredo de Musset llegaba al extremo de declarar que "robar un pensamiento, una palabra, debe ser considerado como un crimen en literatura", al paso que Oscar Wilde extendía el anatema a todos los campos: " Toda imitación es mala, incluso en orden moral".

Otros autores se han mostrado más desaprensivos al respecto. Don Jacinto Benavente con bastante sabiduría exclamaba: "¡Bienaventurados nuestros imitadores, porque de ellos serán todos nuestros defectos", y Moliere, quien frecuentemente fue sospechoso de plagio, se limitaba a comentar: "Tomo lo que me interesa, allí donde lo encuentro".

Pero si bien debemos aceptar que la imitación es atentatoria contra la propiedad, sea ésta intelectual, artística o industrial, no es posible, por eso, olvidar el papel didáctico y formativo que ella tiene.

Cuando visitamos los grandes museos europeos, nunca falta la presencia de un pintor con su atril y demás implementos copiando un cuadro célebre. Mal haría si al terminar su copia quisiera pasarla por el original, pero es indudable que su intención no es ésa: al copiar al maestro, al seguir paso a paso sus trazos, el artista novel entra en el proceso creativo del copiado, reconstruye su técnica y adquiere él, a su vez, un instrumento para su arte propio.

Hace tiempo que parece haberse desterrado, dentro de nuestros métodos pedagógicos, el ejercicio de la copia que tanto se empleaba antes. Con la copia no sólo se obtenía una mejor caligrafía y ortografía, sino quien copiaba necesariamente se adentraba en la forma como estaba compuesto el trozo literario y adquiría, así, una destreza de redacción que no la da la simple lectura.

Pero pasando del terreno literario y artístico al industrial, hay un ejemplo que incita a la reflexión. Por mucho tiempo se estimó que la industria japonesa sólo sabía reproducir, baratamente, lo que hacían los grandes países industriales. La advertencia "made in Japan" significaba, de seguro, un producto carente de originalidad y de una calidad desechable. Tan generalizado estaba este concepto que eran frecuentes los chistes que se hacían sobre el particular. Una vez, en Las Vegas, me tocó presenciar la falta de tacto de un humorista norteamericano que, sin preocuparse de la presencia



de un importante grupo de turistas japoneses en el cabaret, contó la historia de una pareja que era tan pobre, que sólo compraban los productos más baratos y carecían de toda personalidad. Cuando tuvieron un hijo —terminaba el chiste— les salió japonés.

De tanto copiar la tecnología occidental, de tanto imitar lo que se fabricaba en otras latitudes, los japoneses terminaron con dominar los secretos de la técnica y convertirse en maestros de ella. Hoy el signo "made in Japan" ha dejado de ser vergonzante para ser exhibido con orgullo y cada día son mayores los capitales norteamericanos que se ponen al servicio de la técnica japonesa.

Si el pretender pasar gato por liebre es una actitud deleznable y dar calidad de original a una imitación una estafa, la práctica de la imitación como una forma de aprender y dominar una técnica sigue siendo un procedimiento valioso.

Más que ensalzar los ambiguos méritos de la originalidad, se debiera promover la paciente virtud de la imitación. Lo importante, sí, es que el modelo imitado sea óptimo y tener presente, como en la moderna fábula de los japoneses, que la imitación es una etapa que desemboca en la siguiente y que es la de la auténtica creación.